

**Groppa, Octavio**

*La crisis financiera y la crisis de civilización*

Consonancias, Año 8, N° 29, 2009

Este documento está disponible en la Biblioteca Digital de la Universidad Católica Argentina, repositorio institucional desarrollado por la Biblioteca Central “San Benito Abad”. Su objetivo es difundir y preservar la producción intelectual de la Institución.

La Biblioteca posee la autorización del autor y de la editorial para su divulgación en línea.

Cómo citar el documento:

Groppa, O. (2009). La crisis financiera y la crisis de civilización [en línea]. En *Consonancias* 8(29). Disponible en: <http://bibliotecadigital.uca.edu.ar/repositorio/revistas/crisis-financiera-crisis-civilizacion.pdf> [Fecha de consulta:.....]

## La crisis financiera y la crisis de civilización

Octavio Groppa

*Una civilización en decadencia cava su propia fosa con una lógica implacable. Ningún argumento puede hacerla salir de sus caminos de autodestrucción: porque todo argumento tiene una premisa mayor que es teórica, y se exige que las premisas teóricas se conformen con los hechos; ahora bien, en la situación producida por la decadencia, los hechos son cada vez más realidades absurdas que proceden de la falta de atención, de inteligencia, de razonabilidad y de responsabilidad. (...) La forma básica de alienación es el descuido de los preceptos transcendentales: sé atento, sé inteligente, sé razonable, sé responsable. Además, la forma básica de ideología es una doctrina que justifica dicha alienación. (...) Así como la autotrascendencia promueve el progreso, el rechazo de la autotrascendencia convierte el progreso en decadencia acumulativa.*

B. Lonergan<sup>16</sup>

La crisis financiera internacional que estamos atravesando es una oportunidad para comprender con mayor profundidad cómo funciona el sistema capitalista y las bases sobre las cuales está edificado. Toda crisis opera como una falla, en el sentido geológico del término. La falla, la ruptura, como señalara Heidegger, revela la existencia de lo que antes era obvio o que formaba el fondo sobre el cual organizamos nuestras vidas. Vivimos en un mundo organizado de cuya existencia y producción no nos percatamos mientras funciona. Cuando deja de hacerlo salta a la luz su carácter no natural, construido, histórico, y por tanto, perfectible.

En este trabajo sostendré la hipótesis de que la actual crisis financiera es consecuencia de una asignación disfuncional del crédito a nivel global. Por tanto, las divergentes explicaciones técnicas al respecto diferirán en la idea de y lugar que asignen al crédito en el sistema económico. Lo que pueden parecer inocentes conceptos “técnicos” o “científicos” suponen, en verdad, una concepción del mundo, una ontología; más: una teología fundamental. Por ello en lo que sigue opondré a la explicación convencional de la crisis una interpretación alternativa a partir de la explicación del sistema económico que propone Bernard Lonergan, para pasar, en un segundo momento, a un nivel más fundamental de análisis que busca dar con los valores que sostienen la teoría económica capitalista. El descubrimiento de los supuestos metafísicos que están en la base de dicha

---

<sup>16</sup> *Método en teología*, Sígueme, Salamanca [1972] 1994, 59-60. El pensamiento de Bernard Lonergan (1904-1984) opera como inspiración de las reflexiones que siguen. La principal contribución de este teólogo y filósofo canadiense al pensamiento fue la elaboración del llamado “método empírico generalizado” o método trascendental, que consiste en la distinción de actividades especializadas y autónomas, pero en mutua correspondencia y colaboración (que denominó “especializaciones funcionales”) en el seno de un mismo método de conocimiento. Estas especializaciones funcionales surgen a partir de la estructura de nuestra conciencia intencional, que tiene cuatro niveles de operación: atención (a los datos), entendimiento-interpretación (de tales datos), juicio (respecto de la veracidad de la interpretación) y decisión (paso a la acción que se sigue de los juicios de hecho y de valor). El despliegue abierto de esta estructura es lo que traza la autotrascendencia del sujeto, es decir, el paso sucesivo y paulatino desde el mundo de la inmediatez (el mundo del niño) al mundo real mediado por la significación y orientado por el valor. La autotrascendencia es un proceso de *objetivación* del sujeto, mediante el cual se conoce reflexivamente y conoce el mundo real en el que habita. Como el conocimiento provee una orientación para la acción, el método coincide con el proceso de autoconstitución del sujeto (o de la comunidad).

Con todo, la obra de este autor no se reduce a la teología y la filosofía, sino que también elaboró un modelo explicativo general de la economía. Lo que ofrece Lonergan es una epistemología de la que surge un método generalizado (o meta-método), de forma que su pensamiento se aplica a campos variados.

posición nos ofrecerá la guía para reconocer el déficit teórico que es necesario salvar para encontrar una verdadera solución al problema de la economía. El derrotero del artículo, entonces, atraviesa dos niveles de reflexión bien diferenciados: del análisis de los fenómenos económicos pasamos a buscar las categorías básicas de las que dicha interpretación es tributaria, de modo de juzgar su validez y reconocer algunas de sus limitaciones fundamentales. Finalmente, volvemos al plano de la economía para señalar lo que debería ser incorporado, según esta visión, en una teoría general.

### **La crisis financiera según el consenso de los economistas**

La explicación hoy más aceptada acerca de las causas de la crisis sostiene que se origina, mediatamente, como consecuencia de la baja de tasas de interés por parte de la Reserva Federal de los EEUU para reactivar la economía después de la crisis de las “punto com”. Esta baja de tasas tuvo dos consecuencias directas: por un lado, incentivó a los hogares norteamericanos a endeudarse para comprar casas, y por otro, dio origen a un incremento del valor de los inmuebles, que fueron considerados también como alternativa de inversión financiera, vía el mercado de hipotecas. A esta causa habría que agregar, más inmediatamente, el comportamiento oportunista de inversores más la insuficiencia de regulaciones en los mercados de capitales, particularmente los extrabursátiles. En estos mercados fueron operados los fondos de cobertura (*hedge funds*) extendidos sobre hipotecas que se respaldaban en activos cuyo valor había sido sobrestimado. Estos mercados electrónicos (llamados *over the counter* u OTC) operan sobre la base totalmente despersonalizada de la red informática, sin la mediación de los agentes en el recinto de las bolsas y lejos de las regulaciones de organismos de contralor (como las bolsas de valores).

Quienes comparten este diagnóstico concluyen que la solución debe ser dar marcha atrás con la liberalización de los mercados financieros iniciada desde principios de los '80, en que tuvo origen una serie de disposiciones que permitirán la participación progresiva de bancos comerciales y mutuales en los mercados de capitales.<sup>17</sup> En este sentido han comenzado a implementarse una serie de políticas propuestas por el G-20 tendientes a controlar los paraísos fiscales,<sup>18</sup> así como a limitar o prohibir la colocación de fondos en el mercado de capitales por parte de los bancos comerciales o, inclusive, la operación con contratos a futuro.

Es indudable que esta serie de medidas tenderá a disminuir el riesgo sistémico asociado a la volatilidad de estos mercados. El punto a discutir es cuál será su grado de eficacia. Debe tenerse en claro que de la era de las comunicaciones no hay marcha atrás. ¿Será posible regresar al “paraíso perdido” de los mercados regulados anteriores a los años '80? ¿Serán suficientes los “diques jurídicos” que se construyan para contener la correntada de los movimientos de capitales que buscan solamente incrementar sus ganancias de corto plazo?

---

<sup>17</sup> En 1999 el proceso alcanzará su culminación al ser dada de baja la *Glass Steagall Act*, que desde 1933 impedía la intervención de los bancos comerciales en el mercado de capitales (seguros y otros instrumentos financieros). Para más detalles, véase, M. Resico, “Crisis en la Nueva Economía”, *Valores en la sociedad industrial* 55 (2002) 7-15.

<sup>18</sup> En rigor, deberían ser llamados “cuevas” o “refugios” fiscales, pues la denominación en inglés es *fiscal havens*, no *haevens*. Es interesante advertir el desplazamiento semántico dado en esta traducción hoy ya establecida en Latinoamérica.

La solución reformista cree en el poder de las formas jurídicas para encauzar y moldear el espíritu del capitalismo. La crítica radical, por el contrario, considera que lo que es preciso reformar es justamente ese espíritu (que es distinto del “espíritu de empresa”), pues su existencia supone una inconsistencia técnica y un absurdo ontológico.<sup>19</sup> Para hacerlo deben modificarse, por tanto, el sistema de reglas que coadyuva a moldearlo.

### **El capitalismo y los ciclos de la economía**

Para la perspectiva crítica, las crisis financieras del capitalismo no obedecen a eventos accidentales, sino que tienen una raíz sistémica. El argumento básico es que la concentración del crédito que se deriva de la constitución misma del sistema (es decir, de la forma particular de asignación del medio de pago que tiene el capitalismo) no contempla los ciclos reales a que está sometido todo proceso de innovación. Estos ciclos reales se originan en los rendimientos marginales decrecientes y deben ser distinguidos de los de raíz financiera. Los ciclos financieros, en cambio, no surgen a partir de la transformación de las cosas (*rei*), sino que se originan en la distribución del *signo* que las de-signa (el dinero). Debe comprenderse que el circuito del dinero y de las finanzas es una superestructura ubicada en otro plano respecto de los bienes intercambiados.

Detengámonos brevemente en la explicación que ofrece Lonergan del funcionamiento del sistema económico. Este autor señala, siguiendo a Schumpeter, que el desarrollo de la economía está sujeto a ciclos estructurados por la aparición de nuevos inventos, el nivel de inversión, la difusión de las nuevas tecnologías y los costos de mantenimiento y depreciación. Un proceso de innovación requiere una afluencia de crédito creciente que financie la inversión, primero en aquellas actividades que son la fuente primera de innovación y, en segundo término, en aquellas asociadas en eslabones previos o posteriores en la cadena productiva (sea que fueran proveedoras de insumos o sirvan como nexo con otros productores o con los consumidores). A medida que el proceso de inversión va alcanzando su madurez, los beneficios extraordinarios tienden a desaparecer. En consecuencia, la inversión también se reduce y, concomitantemente, el requerimiento de ahorros (excedentes).

Ahora bien, dado que el objetivo del proceso de innovación es la producción más eficiente de bienes de consumo, para que dicha expansión de la capacidad productiva alcance su término es necesario que exista –del lado de la demanda– el ingreso

---

<sup>19</sup> Más aún, si aceptamos el juicio de J. Milbank (*Theology and Social Theory. Beyond secular reason*, Blackwell Publishing, Oxford 1993; tr. cast. *Teología y teoría social. Más allá de la razón laica*, Herder, Barcelona 2004), se trata incluso de un error teológico. Este autor sostiene que, mientras la tradición del humanismo maquiavélico ofrece una concepción pagana del mundo, pues su interpretación del conflicto como realidad subyacente a la existencia comunitaria supone una ontología de la guerra, la línea hobbesiana y liberal es herética, pues revela una teodicea que separa a Dios del mundo, de modo que el mundo humano –el mundo público– es un espacio *neutro* con relación a Dios, por lo que la religión pasa a ser un asunto puramente privado. Más allá de las razones políticas (la necesidad de construir el poder político después de las guerras de religión, la voluntad de desarticular el poder de una Iglesia que todavía se autocomprendía en términos imperiales) no deja de ser cierto que la vuelta conceptual elaborada en la Modernidad implica una interpretación errada, desde el punto de vista católico, de Dios, y por ello, si bien pudo estar estratégicamente justificada en términos históricos, no puede ser definitiva, pues las contradicciones subsistentes a su fundamentación (deseo de afirmación del sujeto a la par de la pretensión de neutralidad en materia valórica o religiosa) no tardan en hacerse evidentes y poner en crisis el sistema.

suficiente para hacer efectivo el consumo.<sup>20</sup> Es el momento en el que el estándar de vida de la población mejora.

En este “ciclo puro” no existen recesiones. Al crecimiento de la economía generado por la expansión de la producción de bienes de producción le sigue una fase de estado estacionario, en donde lo que se expande es la producción de bienes de consumo hasta que el aumento de los costos de mantenimiento o la aparición de un nuevo invento revolucionario hagan recomenzar el proceso de crecimiento, requiriendo una vez más de una disminución del consumo agregado para destinar ingreso a la inversión.

De tal forma, la asignación de crédito en una economía que se adecue de manera perfecta al ciclo puro debería estar en función de la transformación de la economía real. Lamentablemente, la forma actual de nuestra organización económica no ofrece un mecanismo que permita pasar suavemente de una fase expansiva a otra en la que los beneficios del crecimiento se expandan a lo largo y a lo ancho de la sociedad (mediante el aumento de salarios). Como la posición en el ciclo se desconoce, cuando los empresarios encuentran que su nivel de facturación ha disminuido en relación al período previo, prevén una recesión y ajustan hacia abajo su nivel de producción, de manera de no quedarse, como estiman, con inventarios excedentes. Sin embargo, si la disminución de los beneficios extraordinarios (que Lonergan llama *excedente puro*) se debe a que el proceso de innovación está alcanzando su madurez, la estrategia de reducir el nivel de producción no puede sino generar lo que se creyó anticipar. La solución debería ser aceptar la desaparición de los excedentes extraordinarios y contentarse con el beneficio normal de la actividad que cubre todos los costos (en el que se incluye, claro está, la remuneración del empresario).

Por el contrario, en la medida en que se exige que las empresas muestren rentabilidad altamente positiva, los momentos de menor crecimiento desencadenan un “sálvese quien pueda” y, dado que algunos participantes serán más eficaces que otros a la hora de mantener altas tasas de rentabilidad del propio negocio (por contar con poder oligopólico o por enfrentarse a demandas inelásticas), el equilibrio sistémico se restablecerá solamente cuando los últimos hayan conocido la bancarrota. Como el sistema no cuenta con mecanismos de transmisión eficaces, sólo sacrificando parte de la carga costosamente producida el barco se mantiene a flote.<sup>21</sup>

Resumiendo: cuando la economía se halla en la fase de rendimientos decrecientes, el excedente agregado tiende a cero. En dicha fase, los excedentes positivos de algunas empresas sólo pueden ser conseguidos si otras operan en déficit (para que la sumatoria de los excedentes siga siendo cero). El problema, como se ve, no es principalmente de índole moral, sino de racionalidad insuficiente, debido a una comprensión inadecuada del funcionamiento de la economía como conjunto.

---

<sup>20</sup> Ésta es la base del argumento esgrimido por Keynes contra la explicación clásica, que sugería salir de una recesión bajando los salarios, extrapolando al nivel macroeconómico el razonamiento microeconómico (Cf. J.M Keynes, *Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero*, Libro I). El camino clásico (heredado por los neoclásicos) que pretende construir la macroeconomía a partir de la microeconomía —el todo a partir de las partes— soslaya las relaciones sistemáticas y de retroalimentación entre las variables, por lo que pierde de vista que la macroeconomía es un contexto emergente con leyes propias, no reducible a sus partes componentes.

<sup>21</sup> No me es posible extender más la explicación que ofrece Lonergan del funcionamiento del sistema económico en este artículo. Para mayor profundización véase B. Lonergan, *Macroeconomic Dynamics: An Essay on Circulation Analysis*, Toronto 1999.

Detengámonos, entonces, más en detalle en la forma singular de asignación del crédito que define al capitalismo.

### **La asignación del ahorro y la búsqueda del crecimiento permanente**

En el capitalismo el crédito se distribuye como dinero que crean los bancos, bajo control del banco central.<sup>22</sup> Este poder que se arroga el Estado le permite procurar la maximización del crecimiento de la economía mediante el manejo de la política monetaria (es decir, definiendo el marco general que determinará la asignación del crédito).

Para que una economía crezca es necesario que existan excedentes de la producción. Para alcanzar tasas de crecimiento elevadas duraderas en el tiempo es preciso contar con un nivel de excedente agregado permanente. Pero un sistema sometido a aceleración se enfrenta a una resistencia creciente, de manera que una aceleración constante en el tiempo es imposible. Del mismo modo, el objetivo deseado de tasas de crecimiento elevadas sin límite de tiempo no será asequible si se cuenta sólo con la transformación de la economía doméstica: será preciso importar excedentes de fuera del sistema. Vulnerar la resistencia de los rendimientos marginales decrecientes exige, por ejemplo, saldos positivos en la balanza comercial o captación de ahorro externo (ingreso de capitales). Es evidente, con todo, que el resultado positivo en un país se compensa con el saldo negativo de otro. De tal forma, no es posible plantear un excedente positivo originado en el exterior por tiempo infinito, pues en algún momento el país exportador neto de capitales (importador neto de bienes) habrá destruido su estructura productiva y no generará ya ingreso.

Entonces, al igual que ocurre con el afán de beneficios extraordinarios permanentes por parte de los empresarios, la pretensión de crecimiento sin atender a los ciclos reales tampoco es posible. El problema que se presenta es que dicho afán opera en contra de la exigencia de que la oferta de medio de pago se adecue a las necesidades propias de cada fase en el ciclo de la economía real. Más bien, como lo señala Lonergan, estamos organizados al revés: los intercambios reales se adecuan hoy a una oferta crediticia establecida de antemano y que no distingue adecuadamente entre los requerimientos del circuito excedente, que produce bienes de producción, y los del circuito básico, que produce bienes de consumo.

En síntesis, cuando el proceso de innovación y crecimiento llega a su madurez (de modo que disminuyen los excedentes agregados) es necesario un cambio en la distribución del ingreso, para que el consumo aumente y no llegue la recesión por caída de la demanda efectiva. Si ello no se da, la concentración del ingreso conducirá a niveles de ahorro excesivos que no encuentran dónde ser colocados con la rentabilidad esperada. La vía de la fuga de capitales es un mecanismo de ajuste a nivel de economías particulares,

---

<sup>22</sup> Nótese que al hablar de crédito lo estoy haciendo en un sentido generalizado. No me refiero sólo al crédito bancario, sino a la naturaleza del dinero, que es la de ser *medio* de pago. El dinero es, en suma, el signo que representa una deuda contraída por el comprador de un bien o servicio con el vendedor. Es decir, es el instrumento que refleja el compromiso del comprador a compensar con el producto de su trabajo el bien que le fue cedido. Viceversa, el receptor del dinero tiene a su favor un derecho sobre los bienes del emisor. Cuando el medio de pago se generaliza, este derecho es sobre los bienes producidos por la comunidad. Lo que hace el Estado moderno es simplemente quitar el poder de emisión de medio de pago a los particulares atribuyéndose un monopolio al instaurar la moneda de curso legal, de modo de contar con una poderosa herramienta de control social.

pero cuando el problema es global, ¿a dónde irán los ahorros excedentes? La modificación en la distribución del ingreso mundial fue lo que faltó, siguiendo el razonamiento anterior, en el desempeño de la economía global de los últimos años. La salida, por tanto, debería incrementar los niveles de consumo de quienes tienen necesidades postergadas.

El problema básico, entonces, es la pretensión de crecimiento permanente. Pero, ¿cómo cobró forma esta búsqueda imposible? No podemos ofrecer una respuesta que debería estudiar la evolución histórica de la cultura occidental. Tan sólo apuntaremos la justificación teórica que se dio a nivel del pensamiento, y que puede encontrarse en el origen de la modernidad. Nos internaremos someramente en esta cuestión.

### **Metafísica, teología y política**

Toda categoría de análisis –aún de análisis político– tiene latente una teoría del conocimiento, una epistemología, una metafísica. En este apartado, por tanto, intentaré desentrañar la metafísica subyacente a la teoría económica capitalista, contraponiéndola a la metafísica que fundamenta la posición crítica. Me inspiro en este punto en el análisis realizado por J. Milbank en la obra citada más arriba.<sup>23</sup>

J. Milbank mostró con detallado análisis cómo el gran invento de la modernidad fue la invención de “lo laico”, en el sentido de un ámbito mundano (secular), regido por sus propias leyes *etsi Deus non daretur* (Grocio). Con los escritos de Grocio, Hobbes y Spinoza, la teoría política comienza a pensarse a partir del estoico *conatus* de conservación y no del *télos* –el Bien– al que la había asociado Tomás de Aquino. Entonces la ciencia política se emancipa respecto de la teología, quedando definido lo político como el campo del puro poder.<sup>24</sup> Para ello había sido necesario, en primer lugar, que con Duns Scoto y los nominalistas la voluntad de Dios fuera comprendida en términos de arbitrio puro (de modo que el Bien no es bueno porque sea Dios, sino que lo bueno lo es porque Dios así lo quiere). Ya no será posible entonces elevarse a Dios a partir de la analogía del ser (el ser es inteligible; Dios es el Ser absoluto; la razón natural

---

<sup>23</sup> El énfasis, como fue dicho, está puesto en la evolución de las ideas. No pretendo con ello dar a entender que el proceso histórico se dé de manera deductiva y más o menos lineal a partir de la elaboración de ciertos conceptos teóricos. El devenir histórico –incluso el devenir de la historia de las ideas– obedece más bien a una trama compleja en el que se alimentan mutuamente el texto (el discurso) y el contexto, conformado por los distintos planos de configuración de la experiencia (político, económico, tecnológico, social, cultural, artístico, religioso, etc.) No obstante ello, sí creo que la elaboración y refinamiento conceptual de algunas ideas incide decisivamente en la configuración de la realidad (dado el carácter preformativo de todo discurso y dado que la realidad se nos da en la mediación significativa del lenguaje), particularmente vía la construcción de las instituciones en las que se asienta o por las que discurre el poder en cada época. Tal construcción requiere siempre de la apelación a cierta racionalidad, pues no sería posible un consenso si alguien apelara a la irracionalidad del poder puro. En consecuencia, el estudio de la historia de las ideas es importante, a mi juicio, por cuanto desnuda los consensos argumentativos dados (aunque fueran inconsistentes) en cada época para constituir el poder. La cuestión respecto de por qué se imponen determinados discursos o se dan determinados consensos en cada contexto debe ser materia de análisis en cada caso. No creo que en este punto pueda existir una regla general ni que se defina únicamente a partir de la relación de fuerzas políticas (como creo se deduce, por ejemplo, de la lectura de S. Shapin y S. Schaeffer, *El Leviatán y la bomba de vacío*, Ed. Univ. de Quilmes, Quilmes 2005.)

<sup>24</sup> J. Milbank, *Teología y teoría social*, 26.

puede conocer a Dios; cf. CV I), porque el bien no procede de la verdad (el Espíritu Santo del Verbo), sino que su unión se da por mera convergencia.<sup>25</sup>

La teología voluntarista de Scoto aportará el fundamento para una interpretación de la autonomía de la acción humana en un espacio “neutral” respecto de la gracia de Dios. Así como la teología de la creación *ex nihilo* será reinterpretada “en términos de poder infinito e irrestricto”,<sup>26</sup> la libertad será comprendida en términos absolutos, sin el sostén de la gracia, reeditando así el error de Pelagio. La respuesta humana a la gracia de Dios ya no es provocada por la misma gracia (como eran la concepciones de San Agustín y Santo Tomás), sino que surge de la voluntad humana pura. De esta manera quedan separados los reinos natural y sobrenatural, haciendo su aparición la noción de *natura pura*.<sup>27</sup> Queda así configurada la base teológica para pensar al individuo moderno.

Siguiendo esta misma línea, la modernidad pensará al individuo primero, sin sociedad, sin Estado, sin historia ni tradiciones. Más aún: sin valores, sin *Ciudad de Dios* a la cual orientarse. La sociedad y el Estado serán instituciones que creará el individuo con posterioridad, y en esta idea se funda la noción de la inviolabilidad del individuo por parte del Estado. Con Hobbes y Locke, la función principal del Estado será la de garante de la propiedad privada (que incluye, en su concepción, la vida como primera propiedad).<sup>28</sup> Esta idea abstracta del individuo alcanzará su máxima expresión con Kant. El sujeto es en este autor quien construye su mundo desde sus categorías formales del entendimiento. Los valores y tradiciones son entonces no racionales: simples atavismos o ilusiones trascendentales innecesarias para construir un estado plural. Porque, sostiene esta posición, si deseamos ser universales, abiertos, plurales, debemos despojar a nuestras instituciones de todo sentido religioso o mítico, construyéndolas sobre una base puramente racional. Esta concepción está representada en nuestra época en pensadores como Rawls o Habermas (con algunos matices).

Por supuesto, lo que ni Kant ni sus contemporáneos podían prever era que el resultado del proyecto de *racionalizar* la vida pública despojando a las instituciones de su encarnadura en tradiciones y valores sería eliminar el fundamento de la cultura, de donde derivó el nihilismo que clarívidentemente profetizara Nietzsche, y en el que actualmente estamos inmersos.<sup>29</sup>

La situación es sumamente grave, porque la cuestión que surge es acerca de la posibilidad de la democracia (como sistema que garantiza la autotranscendencia de sujetos y comunidades) en un contexto de desfundamiento de los valores trascendentales y de universalización de la razón instrumental.<sup>30</sup> El problema de contar

---

<sup>25</sup> Que estas ideas hayan surgido con el noble deseo de buscar la reforma en una Iglesia demasiado contaminada del poder político no hace mella en el juicio respecto de las derivaciones que puedan seguirse de la metafísica subyacente al pensamiento de Scoto. En todo caso, las circunstancias en que vivió un Tomás de Aquino no fueron más fáciles (basta recordar los conflictos en la Universidad de París.)

<sup>26</sup> J. Milbank, *Teología y teoría social*, 35.

<sup>27</sup> Véase, B. Lonergan, “The Natural Desire to See God”, 1949, *Collection* 81-91, Univ. of Toronto Press, Toronto 2005 [1967], CWL 4.

<sup>28</sup> Ciertamente, Locke también reconoce al Estado una función reguladora de las pasiones, pero en la medida en que el individuo es ontológicamente previo, esta última función es de segundo orden.

<sup>29</sup> Para ahondar en este argumento, véase J. Milbank, *Teología y teoría social*.

<sup>30</sup> Para pensar este punto, véase el debate sostenido años atrás entre J. Habermas y el entonces cardenal J. Ratzinger. Para el filósofo alemán, no es posible una fundamentación “natural” o metafísica de la democracia. Es el procedimiento democrático mismo el que forja los espíritus democráticos. Para



con bases epistemológicas válidas para pensar la economía se convierte entonces en el problema de garantizar la democracia.<sup>31</sup>

### Las consecuencias económicas de la metafísica moderna

Nuestro problema, entonces, es más grave que un simple fallo mecánico: es estructural, y abarca a toda la cultura. Si el valor que prima hoy por sobre otros valores es la codicia, la causa de este hecho tiene raíces históricas y se sigue de manera más o menos lineal desde la aparición del capitalismo. Porque codicia hubo desde que el hombre apareció en la tierra. Lo que no existió desde siempre fue la elevación de la codicia a valor arquitectónico, estructurante de la cultura. Antes del capitalismo, los sistemas económicos eran mucho más ineficientes, pero las conductas antisociales tenían fuertes controles por parte de la sociedad (presión social, afán de conservación del honor, acción de los gremios, sanción de la Iglesia, etc.) Fue el estado moderno quien inventa el capitalismo que hoy conocemos al ponerse como garante de la propiedad privada, para lo cual se arroga el monopolio del uso de la fuerza. Para ello había sido necesario reinterpretar el *dominium* de Adán en términos del *ius utendi* absoluto del derecho romano, dando marcha atrás con la interpretación tomista del *dominium utile*, que orientaba y limitaba el derecho de propiedad al bien del conjunto.<sup>32</sup> Sólo entonces se estableció una línea divisoria tajante entre el beneficio producido por la actividad económica y las externalidades (sociales, naturales), asegurando a su autor los beneficios generados por su industria, pero desafectándolo de los costos indirectos — públicos— que eran transferidos a la sociedad.<sup>33</sup> La libre empresa permitió la explosión de crecimiento económico (y demográfico) que se dio en los últimos siglos, pero estamos comenzando a sufrir la otra cara del proceso. Si la propiedad se funda en razones de conveniencia (Santo Tomás), el carácter de propiedad de los excedentes generados en el proceso de innovación debe ser como mínimo problematizado. Porque la razón de ser de los ingresos excedentes es su reinversión para acelerar el proceso de producción de bienes de consumo y elevar el estándar de vida. Pero el excedente entendido como *ius utendi* absoluto, sin consideración de la posición de la economía en el ciclo macroeconómico, puede llevar a la ruina económica del conjunto cuando en la fase de rendimientos decrecientes dicho ingreso no es derivado a un aumento del consumo que permita al proceso de expansión previo alcanzar su consumación. En caso contrario, a la expansión seguirá una recesión.<sup>34</sup>

En suma, sostener la convivencia de capitalismo y valores trascendentales es un imposible en el largo plazo, porque el capitalismo se origina a partir de un proceso de desetización de la ciencia que necesitó primero darse conceptos que hicieran abstracción de todo vestigio moral. El capitalismo funcionó durante el tiempo en que la cultura todavía no había probado el legado del pensamiento liberal, que es el nihilismo. Una

---

Ratzinger, por el contrario, los valores trascienden las instituciones y así se justifica el papel (exhortativo y de crítica última) de las religiones. Véase “Las bases morales prepolíticas del Estado liberal”, *Consonancias* 13 (2005) 31-48. Milbank podría compartir con Habermas que las instituciones liberales moldean los espíritus, pues de hecho lo hicieron (ésa es su tesis) en relación con el espíritu... nihilista. Lo que para Habermas es el antídoto, para Milbank es la raíz de la enfermedad.

<sup>31</sup> Véase, B. Lonergan, *For a New Political Economy*, Univ. of Toronto Press, Toronto 1998, CWL 21.

<sup>32</sup> Para profundizar este análisis, véase Milbank, *Teología y teoría social*, 31.

<sup>33</sup> Los Estados han procurado limitar o mitigar estos efectos adversos para el conjunto obligando a internalizar estos costos por vía tributaria (como se da, por ejemplo, con la creación de los seguros de desempleo o con los impuestos y multas por contaminación).

<sup>34</sup> Véase B. Lonergan, *Macroeconomic Dynamics*.

vez que el liberalismo-capitalismo-nihilismo tomó posesión de la cultura, aparecieron las grandes crisis económicas globales. No es una mera casualidad que en la llamada “era del vacío” (Lipovetsky) el consumo se convierta en el sucedáneo que disuelve el futuro escatológico colapsándolo en el presente, que, de forma consecuente, el futuro histórico se muestre como carente de sentido –cuando no amenazante– y que, en su manifestación económica, el ahorro agregado excedente (porque llega un punto en el que quienes detentan ingresos altos no tienen ya en qué gastarlos) pierda el norte de la inversión productiva y su potencial transformador de la humanidad, desvirtuándose en la prosecución de la ganancia puramente financiera e instantánea.

### **Algunas anotaciones para superar el actual déficit teórico**

De una metafísica que parte de categorías abstractas sólo puede seguirse una teoría deficiente. No es extraño, por tanto, que la actual teoría económica esté muy a la zaga de los acontecimientos económicos que estamos viviendo. Inútil siquiera para explicar los fenómenos económicos de importancia (ya no sólo para predecirlos), como son el desarrollo y crecimiento de las sociedades, se ha desembozado como instrumento al servicio del poder. En tanto consiste en la formalización de las acciones económicas de un modo de vida o cultura particular –el occidental– la llamada teoría económica estaría lejos de alcanzar el grado de ciencia, si por ciencia entendemos algo más que la sistematización del sentido común de un grupo.<sup>35</sup> No debemos sorprendernos, entonces, cuando en las decisiones cotidianas la política prevalece sobre la economía.

Hace falta una mirada teórica que incorpore la comprensión de la totalidad, que sea capaz de reconocer el carácter no originario de la categoría de individuo y, en el análisis económico, de la construcción no neutral ni inocente del agente racional que obra en función de su “utilidad” e interés egoísta. Una teoría que explicita su comprensión del todo debe superar la referencia a una supuesta psicología metafísica que anima a los agentes económicos. Sin una teoría de este tipo, la misma definición del “hecho” económico estará desviada. Entonces se cumple lo afirmado por Lonergan y reproducido en el acápite de este artículo: “en la situación producida por la decadencia, los hechos son cada vez más realidades absurdas que proceden de la falta de atención, de inteligencia, de razonabilidad y de responsabilidad” siendo la ideología “una doctrina que justifica dicha alienación.” Sin una comprensión del sistema económico como un todo, las categorías fundamentales de análisis no serán las adecuadas y requeridas por el tratamiento explicativo y científico de la cuestión. En éste sentido, B. Lonergan ha ofrecido un diagrama que representa un sistema económico en el que los términos y relaciones básicos se definen recíprocamente (y no a partir de discutibles supuestos psicológicos, como se da en la teoría neoclásica) y trazan el circuito de pagos en cualquier economía.<sup>36</sup>

Como la teoría neoclásica comienza su construcción teórica con el individuo absoluto, es incapaz de advertir la importancia que tiene la distribución del ingreso en la

---

<sup>35</sup> Siguiendo a Aristóteles, Lonergan distingue entre el conocimiento descriptivo, que consiste en definir los objetos en relación con nosotros (p. ej. “este cuerpo está frío”) y el explicativo, en el que se alcanza propiamente el conocimiento científico, pues define los objetos en sus relaciones mutuas (“este cuerpo tiene cinco grados de temperatura”). La teoría económica dominante, al partir de unos supuestos psicológicos propios del agente racional, construye su andamiaje conceptual en base a conceptos descriptivos, no explicativos. Por lo tanto no puede ser coextendida a otros dominios culturales.

<sup>36</sup> Véase B. Lonergan, *Macroeconomic Dynamics*.

estabilidad económica del sistema (sin hablar siquiera de estabilidad política). Este punto sólo se advierte si se alcanza una comprensión integral del sistema macroeconómico o una teoría generalizada de la economía.<sup>37</sup>

Por otra parte, es evidente que para esta conceptualización una noción como la de bien común es oscura o carente de sentido. La teoría económica –se enseña– no versa sobre el Bien, ni siquiera sobre el bien social (!), sino tan sólo se ocupa de reconocer regularidades (“leyes”) en los comportamientos económicos. Por el contrario, una teoría social que verdaderamente desee ser explicativa y racional debe buscar el bien de la sociedad, porque el bien es inteligible, y lo no inteligible –lo carente de sentido– no puede ser bueno. Por lo tanto, la economía debería ser definida normativamente, es decir, como la ciencia que estudia las regularidades en los intercambios de modo de alcanzar el bien común.

En este punto, la noción de *bien del orden* que propone Lonergan puede ser de gran utilidad. El bien del orden consiste en el buen funcionamiento de los esquemas de recurrencia económicos de modo tal que cada individuo pueda alcanzar su bien particular. No consiste en los bienes particulares, sino en el esquema concreto que permite obtener los diferentes bienes particulares cada día. En palabras de Lonergan:

[L]a quiebra económica y la decadencia política no son la ausencia de tal o cual objeto del deseo, ni la presencia de tal o cual objeto del temor; son la desintegración y la decadencia del bien del orden, el fracaso en el funcionamiento de los esquemas de recurrencia. La inteligencia práctica del ser humano concibe ordenamientos para la vida humana; y, en la medida en que tales ordenamientos son comprendidos y aceptados, resulta necesariamente el patrón inteligible de relaciones, que hemos llamado el bien del orden.<sup>38</sup>

Asimismo, el bien del orden

considera estos bienes [particulares] no aisladamente y como referidos al individuo a quien satisfacen, sino que los considera todos juntos y con la característica de ser recurrentes. Mi comida de hoy es, para mí, una forma del bien particular. Pero la comida de todos los días para todos los miembros del grupo que la ganan con su trabajo es parte del bien del orden.<sup>39</sup>

La noción de bien de orden es una elaboración conceptual sistemática de la idea del bien común.

## Conclusión

El trabajo comenzó revisando y criticando la explicación corriente que se da de la crisis haciendo uso del modelo explicativo de la economía desarrollado por B. Lonergan, y sosteniendo que la raíz de dicha crisis obedece a una asignación disfuncional del crédito en la economía global. Entonces rastreamos cuál fue la justificación teórica (epistemológica y metafísica) que se dio a la pretensión prometeica del crecimiento ilimitado, concluyendo que la raíz de la crisis es cultural y se funda en la emergencia del individualismo moderno. En consecuencia, para sobreponerse a ella es preciso corregir la causa fundamental. Ahora bien, el cambio cultural no puede ser planificado. Sin

<sup>37</sup> Más allá de los hallazgos fundamentales que alcanzó Keynes con su *Teoría general*, ésta todavía es deudora de supuestos psicológicos (así, por ejemplo, su justificación de la “preferencia por la liquidez” – esencial en su teoría– parte de una supuesta “ley psicológica”) y no lo suficientemente *general*. Cf. *Teoría General*, cap. 13.

<sup>38</sup> B. Lonergan, *Insight. Ensayo sobre el entendimiento humano*, Sígueme, Salamanca [1957] 1999, 270-271.

<sup>39</sup> B. Lonergan, *Método en teología*, 53.

embargo, todo proceso de autotranscendencia está sometido al menos a una condición: la teoría debe conformarse a los hechos. De aquí que concluyamos señalando los déficits teóricos que es necesario superar para contar, al menos, con una teoría realista que nos permita liberarnos del oscurantismo (autotranscendernos) en el que la ideología nos tiene atrapados.

Así como fue necesario que Einstein relativizara a Newton, ampliándolo y explicándolo, hoy necesitamos en la teoría económica algo semejante: un sistema que pueda explicar no sólo la forma de vida económica de occidente, sino también las de otros modos culturales, garantizando la subsistencia y convivencia de ambos. Lo que necesitamos es una explicación más general que pueda incluir la teoría económica occidental como caso particular y explicar sus fallos. Debemos pasar de una economía que naturaliza las prácticas económicas de occidente a una economía científica.<sup>40</sup> Hasta tanto no demos este paso no estaremos a la altura de la interculturalidad que exigen los tiempos que corren, y los occidentales seguiremos valiéndonos del poder para prevalecer frente a otras culturas, poniendo en riesgo la misma democracia –acaso nuestro principal logro–, por no haber sido capaces de remontar el ciclo de nuestra decadencia cultural.

Evidentemente, lo que necesitamos no está al alcance de nuestra mano. Sin embargo, la tarea no está sometida a una imposibilidad lógica. Hace falta un cambio en nuestras instituciones, en nuestra cultura, en nuestros comportamientos. Cambios en la teoría económica, cambios en la enseñanza de la economía en las universidades. A éstas, quizá, les corresponda dar el primer paso para revertir el ciclo de la decadencia, con la formación de intelectuales críticos y lúcidos que aporten sus conocimientos para modificar paulatinamente instituciones, para que las instituciones transformadas faciliten el cambio de las conductas, y de las conductas modificadas emerja una nueva cultura que dé lugar a un nuevo período de progreso.<sup>41</sup> Ésta ha de ser, según mi entender, la Tierra Prometida hacia la que debemos caminar, aunque no lleguemos a verla.

\* \* \*

---

<sup>40</sup> Entiendo que esta puerta fue abierta por Lonergan, en las obras citadas. Véase también, B. Anderson y P. McShane, *Beyond Establishment Economics. No, thank you, Mankiw*, Axial Press, Halifax, Nova Scotia 2002.

<sup>41</sup> Aquí puede reconocerse el papel fundamental que tienen también las religiones, las artes, la filosofía, los movimientos sociales y asociaciones intermedias, etc., en la tarea de insuflar un nuevo espíritu que nos permita volver a tener esperanzas en la humanidad.